CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ESCENA DÉCIMA SEGUNDA

CROMWELL, su familia, su séquito, la muchedumbre

(En el instante en que CROMWELL aparece en el umbral de Westminster-Hall, entre el ruido de los cañonazos, de las campanas, de la trompetería y de los tambores, se distinguen las aclamaciones que le acompañan desde fuera.)

VOCES FUERA

¡Viva el lord protector de Inglaterra!

OVERTON, bajo á GARLAND

Esos aulladores son pagados; pero los haremos callar. Así fué como Noll, en Grocers-Hall, convirtió á Tomás Viner en baronet muy leal, por su dinero aplaudido en Cheapside.

(CROMWELL se detiene un momento en la puerta y saluda varias veces al pueblo, que está fuera.)

VOCES EN LA MULTITUD

¡Cromwell!—¿Ese es Cromwell?—¡Ese rey!—¡Ese regicida!—¡Es muy feo!—¡Qué pequeño es para ser héroe!—Me parecía más alto.—Le creía menos grueso. —¡Cómo me molesta este hombre con su gran sombrero!—Quitaos el sombrero.—¿Yo? ¿Desde cuándo, señora, se quita uno el sombrero al pasar el anticristo?

(CROMWELL se vuelve hacia la muchedumbre, que está dentro. Profundo silencio.)

CROMWELL, andando algunos pasos

En nombre del Padre, en nombre del Hijo y del Espíritu, la paz sea con vosotros.

(Silencio en la asamblea. Las aclamaciones continúan en la plaza.)

LAS VOCES DE FUERA

¡Oliverio, que Dios os ayude!—¡Viva para siempre Cromwell!

(CROMWELL se vuelve y saluda al pueblo, que está en la plaza.)

THURLOE, bajo á CROMWELL

Todo os sonríe; todo á vuestra voluntad se dobla. ¡Cuántas aclamaciones! ¡Qué arranques! ¡Qué hermoso día!

CROMWELL, con amargura, bajo á THURLOE

Sí. Ese pueblo innumerable, feliz, ebrio de amor, que de mi alto destino parece poderoso cómplice, aplaudiría otro tanto si me llevasen al suplicio. Ve en mi triunfo un espectáculo brillante, acude á él, disfruta, y nada hay que tanto pueda agradarle como verme coronar, salvo el ver ahorcarme. ¡Buen pueblo! ¡Mira aquí qué silencio!

THURLOE, bajo

Ese pueblo está trabajado por los santos niveladores.

(El Parlamento, con el orador al frente, se adelanta hacia CROMWELL en dos filas. Saluda respetuosamente al protector, quien se quita el sombrero y vuelve á ponérselo.)

EL ORADOR DEL PARLAMENTO, á CROMWELL

Milord; cuando Samuel ofrecía sacrificios, guardaba para Saúl el lomo de las terneras, para demostrar á ese rey, bajo el sagrado cortinaje, que un pueblo es para un hombre una pesada carga. De lo cual decía á menudo Maximiliano que cuesta mucho gobernar un imperio. Se ven pocos mortales, dueños de los partidos, que sepan mandar como conviene á las naciones. Rueda pesadamente, este gran carro en que estamos, arrastrado por los acontecimientos y cargado de hombres, y, para guiarlo bien por los ásperos caminos, se necesita un brazo firme y poderosas manos. A veces, marchando de noche á la luz de un cielo poco propicio, para huir del carril se cae en el precipicio; pues ese carro, cuyo eje oye crujir la tierra, ni se desengancha ni puede detenerse. ¡Es preciso que ande! ¡Es necesario que ruede! ¡Es preciso que vaya! Hay que verlos, ardientes como en día de batalla, cocear á pesar del látigo, y correr, á pesar del freno, á los corceles que Dios unció á su lanza de bronce, y que al fin su rueda ciega pasa por todo, arrasando á reyes, pueblos y capitales. Cuando se abandona á la casualidad la marcha del pesado carro, en su hondo surco corre tanta sangre, que los perros sedientos van á calmarse en ella. El mundo entonces vacila y los reinos se inclinan. Por eso ¡cuánto cuidado es preciso para elegir el cochero! Un doble llamamiento debió llevarlo á la cúspide. Elegido por dos poderes, sobre su cabeza la elección del pueblo ha de unirse á la de Dios; la diadema á la lengua de fuego. Entonces se le cuenta entre los raros mortales á quienes siguen los pueblos como á luminosos faros. Pero

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

rudos trabajos son precisos para adquirir ese rango. Su espíritu ha de velar por todas partes, parecido á los soles que Dios tan sólo pudo crear, que giran, arrastrando mundos en su esfera, cuyos rayos alumbran las cimas del cielo, y que, brillando siempre, no descansan jamás. De todo cuanto he dicho, este pueblo ha de deducir que un solo brazo basta para gobernar el Estado, necesitando un eje que se eleve entre todos. El mundo ha menester de un hombre, y ese hombre sois vos.

(El Parlamento y toda la asamblea se inclinan.)

Milord, guiadnos, pues, en todas nuestras fortunas, y dignaos aceptar la lealtad de vuestros comunes.

(Profundo silencio en la multitud.)

OVERTON, bajo á MILTON

¡Sus comunes!

CROMWELL, al orador

Señor, estoy agradecido. Este imperio es próspero, según deseo del Todopoderoso. En Irlanda, á pesar de las discordias civiles, la fe adelanta penetrando en las ciudades. La úlcera papista, encarnizada ahora, con el fuego y con la espada, Harry, mi lugarteniente, extirpa con una mano y cauteriza con la otra. Armag arde. En sus muros, Roma no tiene apóstoles. En Escocia, los clanes han vuelto á su deber. En el exterior todo marcha bien. Dunkerque no tiene defensa, y la vieja Inglaterra, aliada á Francia, tiene en su amplia mano á España humillada. Nuestro comercio en la India realiza felices progresos; celoso el castellano se consume en pesares, y Dios demuestra, ayudándonos, que nuestra causa es buena. Hemos hecho verter en Madrid y en Lisboa mucha sangre y

mucho oro, para sus revoluciones. Blake, en nuestro tesoro, vacía sus galeones. Hacia Jamaica mandé dos escuadras, y mientras tanto el ejército llena sus antiguos cuadros. Los toscanos se arrepienten; serán perdonados. Y cuando á nuestro alrededor todo haya concluído, podremos, puesto que nos llama y á ello nos invita, de las hordas del sultán salvar á los moscovitas. Si tenemos un deseo, Dios le atiende en seguida. En fin, ya lo veis, ningún pueblo está tan alto. Vivamos, pues, seguros en el favor del cielo; pero para que el Señor sobre nosotros se manifieste, hay que inclinar la frente y doblar la rodilla. Roguemos, y que el espíritu descienda entre nosotros.

(CROMWELL se arrodilla; todo su séquito, el Parlamento, el municipio, las cortes de justicia y los soldados se arrodillan también. Un momento de silencio y de recogimiento, durante el cual sólo se oyen las campanas, los cañonazos, las charangas y el ruido de la multitud fuera.)

SYNDERCOMB, bajo á OVERTON y á GARLAND, que se han ido acercando al trono

Todos están arrodillados, el tirano y su guardia; las espadas están bajadas; nadie nos mira, ¿por qué no herimos?

GARLAND, rechazándole indignado

¡Dios!

SYNDERCOMB

¿Por qué gritar así?

GARLAND

¡Matarle cuando reza!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

SYNDERCOMB

¿Y qué hacer?

GARLAND

Rezar. Rezar en contra de él. ¡Tregua para los furores de muerte! Dejemos que Dios elija entre las dos plegarias.

(Los conjurados puritanos se inclinan y rezan. Pausa.)

CROMWELL, levantándose

¡Vamos!

(Toda la asamblea se levanta. El CONDE DE WARWICK se adelanta lentamente hacia el protector, pone una rodilla en tierra, y le presenta la túnica de púrpura rodeada de armiño.)

EL CONDE DE WARWICK, á CROMWELL

Dignaos vestir esta púrpura, milord.

(CROMWELL, ayudado por WARWICK, se pone la túnica.)

OVERTON, bajo á los puritanos

¡Amigos, amigos! Se viste la mortaja.

GARLAND, bajo

Vedle ahora. Es el hijo escarlata de Tiro prostituída.

WILDMAN, bajo

¡Oh! ¡Que estalle el rayo!

(CROMWELL, vestido con la túnica de púrpura, cuya cola lleva el joven LORD ROBERTS, ricamente adornado, se adelanta gravemente hacia

el trono. El CONDE DE WARWICK le precede, con la espada desenvainada, cuya punta mira hacia suelo.)

SYNDERCOMB, aparte

¡Qué brillante cortejo hijo de los infiernos! Púrpura, armiño, señores dorados, soldados de hierro, un trono empenachado con altivo dosel coronado, mujeres sin pudor y hombres sin vergüenza, Fausto, poder, triunfo, nada le falta. Va nadando entre orgullo y alegría. Pues bien; para que todo eso se desvanezca como un sueño, como la sombra de un carro, como el brillo de un acero, ¿qué necesita Dios, qué le falta al Señor?

(Estrecha el puñal en su seno.)

Un poco de hierro en la mano de un desdichado pecador.

(CROMWELL, después de haber atravesado lentamente la sala en medio de un profundo silencio, llega al pie del trono y se dispone á subir. Los conjurados se mezclan con la multitud y rodean el estrado.)

MILTON, desde el público, con voz potente

¡Ten cuidado, Cromwell!

CROMWELL, volviéndose hacia el pueblo

¿Quién habla?

SYNDERCOMB, bajo á GARLAND

¡Que Dios confunda al ciego, cuya voz previene á todo el mundo!

MILTON, á CROMWELL

¡Acuérdate de los idus de Marte!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

OVERTON, bajo á MILTON

¡No digas nuestros secretos!

CROMWELL, á MILTON

Milton, explicaos.

MILTON, á CROMWELL

MANE, TECEL, PHARES.

(CROMWELL se encoge de hombros y sube al trono.)

OVERTON, bajo á GARLAND

¡Sube! ¡Ya respiro!

GARLAND, bajo

¡Ah! El aviso era duro.

(CROMWELL se sienta en el trono. Los condes de WARWICK y de CARLISLE se colocan en pie, con la espada desenvainada, detrás de su sillón; THURLOE y STOUPE á derecha é izquierda. El lord alcalde, seguido de sus aldermán, se adelanta hasta el pie del trono, llevando el cojín donde está colocada la espada; sube algunas gradas, dobla una rodilla y presenta la espada á CROMWELL.)

EL LORD ALCALDE, á CROMWELL

Lord Oliverio, esto que deposito en vuestras manos es la espada. No teniendo yunque, su acero lo forjó un pueblo entero sobre la frente de los tiranos. La hoja tiene dos filos para hacer con ella la espada de la guerra y la espada de la justicia, que terrible en el combate, en el santo lugar, brille en manos del soldado y centellee en las de Dios. La honorable ciudad de Londres os la entrega.

(CROMWELL se ciñe la espada, la desenvaina, la levanta sobre su cabeza y la devuelve al lord alcalde, quien la envaina y se retira reculando.)

WHITELOCKE, acercándose á CROMWELL con el mismo ceremonial que el lord alcalde

Milord, he aquí los sellos.

(CROMWELL coge los sellos y luego los devuelve á WHITELOCKE, quien se retira. El orador del Parlamento, seguido de los oficiales de los comunes, se adelanta á su vez, llevando la Biblia con cierres de oro.)

EL ORADOR DEL PARLAMENTO, con una rodilla en tierra ante CROMWELL

Milord, he aquí el libro.

(CROMWELL coge la Biblia, y el orador se retira con profundas reverencias. El general LAMBERT, pálido é inquieto, se aproxima llevando la corona en un rico cojín de terciopelo carmesí. OVERTON se abre paso y se coloca junto á él.)

LAMBERT, arrodillado en las gradas del estrado de CROMWELL

Milord...

OVERTON, bajo á LAMBERT

¡Soy yo! ¡Valor!

LAMBERT, aparte

¡Está á mi lado!

(A CROMWELL, balbuciendo.)

Recibid la corona...

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

OVERTON, sacando el puñal, bajo á LAMBERT

¡Y la muerte!

(Todos los conjurados diseminados entre la multitud llevan á la vez la mano á sus puñales.)

CROMWELL, como despertando de repente

¡Deteneos! ¿Qué quiere decir esto? ¿Para qué esa corona? ¿Qué se quiere que haga con ella y quién me la da? ¿Es un sueño? Lo que veo, ¿es realmente la diadema? ¿Con qué derecho vienen á confundirme con los reyes? ¿Quién mezcla tal escándalo á nuestras piadosas fiestas? ¡Cómo! ¡La corona á mí que hago caer sus cabezas! ¿Se han engañado respecto de estas solemnidades? Milores, señores, ingleses, hermanos que me escucháis, no vengo aquí para ceñir una diadema, sino á vigorizar mi título en el mismo seno del pueblo, á rejuvenecer mi poder y renovar mis derechos. La escarlata sagrada estaba teñida dos veces. Esta púrpura es del pueblo, y con alma leal la recibí de él. Pero ¡la corona real! ¿Cuándo la he pedido? ¿Y quién dice que la quiero? No daría uno de mis cabellos, de estos cabellos encanecidos en el servicio de Inglaterra, por todos los florones de oro de los príncipes de la tierra. ¡Quitad eso de aquí! ¡Llevaos, llevaos ese sonajero ridículo entre las vanidades! ¡No esperéis que pisotee esas miserias! ¡Qué mal me conocen los hombres faltos de sinceridad que se atreven á insultarme queriendo ceñirme la corona! He recibido de Dios más de lo que ellos pueden darme, la gracia inadmisible; y soy dueño de mí mismo. El que es hijo del cielo, ¿puede dejar de serlo? De nuestras prosperidades el universo está celoso. ¿Qué más puedo desear que la felicidad de todos? Os lo he dicho. Este pueblo es el pueblo de escogidos. Europa, de esta isla

es el humilde satélite. Todo cede á nuestra estrella; y el impío es maldito. Viendo eso, parece que el Señor haya dicho: —¡Inglaterra, crece y sé mi hija mayor! Entre las naciones mis manos te han coronado; sé mi muy amada, y camina á mi lado. Desarrolla sobre nosotros abundantes bondades; cada día que concluye, cada día que comienza, se añade un anillo de oro á esa cadena inmensa. Diríase que ese Dios, terrible para los filisteos, como un obrero compuso nuestros destinos; que su brazo, sobre un eje indestructible al tiempo, de ese vasto edificio selló los engranajes, obra misteriosa, cuyos largos esfuerzos para siglos, quizás dieron fuerza á los muelles. Así camina todo. La rueda, con la rueda encadenada, muerde con su diente de hierro á la máquina arrebatada; los balancines macizos, las antenas, las pesas, laberinto viviente, se mueven á la vez; la espantosa máquina cumple, sin descanso, su andar inexorable y su poderoso cometido; y pueblos enteros, cogidos en sus mil brazos, desaparecerían hechos pedazos, si no se contuviesen. ¡Y me opondría á Dios, cuya ley saludable nos otorga una suerte especial dentro de la suerte de la tierra! ¡Iría, del pueblo elegido, pisoteando el antiguo derecho, á colocar mi interés en el lugar del suyo! ¡Piloto, largaría las velas al viento contrario!

(Alzando la cabeza.)

No; no otorgo esa alegría á los mentidos hermanos. ¡El viejo barco inglés sigue siendo rey de las olas! El coloso está en pie. ¿Qué significan obscuras conjuraciones contra los altos destinos de la Gran Bretaña? ¿Qué es, qué significa dar con el pico un golpe al pie de una montaña?

(Paseando una mirada de lince á su alrededor.)

¡Aviso á los malévolos! Se sabe todo cuanto hacen; la ola es transparente, aunque el abismo sea profundo. Se ve el fondo de la trampa por donde se arrastra su

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

pensamiento. La víbora con su mismo dardo se hiere algunas veces. En el fuego que uno enciende suele quemarse también, y los ojos del Señor van corriendo de aquí para allí. ¿Quién del pueblo y de los reyes ha firmado el divorcio? Yo. ¿Podrán creer cogerme con ese vano cebo? ¡Una diadema! Ingleses, las he roto otras veces, y sin haberlas llevado, conozco bien su peso. ¿Dejar por una corte el campo que me rodea? ¿Cambiar mi espada en cetro y mi casco en corona? ¡Vamos! ¿Soy algún niño? ¿Creen que nací ayer? ¿No sé acaso que el oro pesa más que el hierro? ¡Edificarme un trono! ¡Eso es cavar mi tumba! Cromwell, para subirlo, sabe demasiado cómo se cae de él. Y, además, ¡cuántos pesares se amontonan sobre esas frentes que se arrugan adornadas de florones! Cada uno de esos florones oculta una ardiente espina. La corona los mata; un negro temor los mina; aquélla convierte en tirano al mortal más bondadoso, y pesando sobre el rey, hace que éste pese sobre todos. El pueblo los admira, y abdicándose él mismo, cuenta todos los rubíes que lucen en la diadema; pero ¡cómo se estremecería por ellos de su carga, si les mirase á la frente y no á la corona! A los reyes su cargo les turba, y sus manos soberanas no tardan del estado vacilante en confundir las riendas. ¡Ah! ¡Llevaos ese signo execrable, odioso! ¡Más de una vez se le ve caer desde la frente hasta los ojos!

(Lloroso.)

Por fin, ¿qué haría yo de la corona? No nací para el poder; soy sencillo de corazón y vivo en la inocencia. Si con la honda en la mano he velado sobre el aprisco, si ante el escollo empuñé el timón, he tenido que sacrificarme por la causa de todos. ¡Cuánto envejecí en mi humilde fortuna! ¡Cuántos tiranos ví caer desesperados, á la sombra de mi cabaña y de mi bosquecillo! ¡Ay! Hubiese preferido, bien lo sabe el cielo,